

# Luis Rogelio Nogueras

## Jesús García Sánchez

La obra de Luis Rogelio Nogueras no es más que una reproducción o una falsificación de su propia vida. Una persona tan alejada de la mediocridad, tan proclive al sarcasmo como al enojo ante los dichos fuera de lugar, tan irónico frente al uso de palabras con sentido equivocado como a las citas inadecuadas, no podría ser autor de nada desviado de estos criterios. Un autor que tanto odiaba las medianías, que tanto se burlaba de lo trivial y lo chabacano, sólo podría llegar a ser, como lo definió Eliseo Diego, «además de uno de los más acuciosos investigadores de los tesoros ocultos de la literatura universal, uno de los poetas cubanos que con más austeridad, delicadeza y amor se han acercado a la misteriosa criatura que llamamos Poesía. Posee un fino tacto y el olfato más fino aún».

Nacido en La Habana en 1944, sobrino nieto de Alfonso Hernández Catá, desde 1961 comienza a trabajar en el Instituto Cubano del Arte y de la Industria Cinematográficas iniciando así una variada y brillante carrera creativa en diversos campos. En 1964 realiza funciones de redactor en la revista *Cuba Internacional* que dirige Lisandro Otero, donde publica sus primeros escritos, y donde conoce a Raúl Rivero, Víctor Casaus, Guillermo Rodríguez Rivera, Norberto Fuentes y otros poetas a los que estaría desde entonces muy unido, tanto política como literaria y amistosamente. Comentaba Nogueras que los hombres que participan en una realidad histórica y social concreta a una misma edad, lógicamente tienen similares experiencias individuales, y de este conjunto de experiencias se deriva la postura, la mentalidad y la óptica de esa generación ante la vida. Si son escritores es posible que en los mismos se manifieste un criterio de selección semejante, incluso que coincidan en cual segmentos de la realidad que quieren convertir en literatura. En el cómo no pueden igualarse

porque éste queda supeditado al talento, la sensibilidad y la ideología de cada uno. Es evidente que el mismo acontecimiento histórico no produce los mismos efectos en hombres de distintas generaciones.

Las consecuencias que la Revolución cubana ocasionó en los estamentos literarios no podían ser las mismas en las distintas generaciones, pero sí cercanas en algunos aspectos concretos a los que iban a comenzar a expresarse por vez primera con la Revolución ya asentada. Ciertamente no todos coincidían en los mismos planteamientos estéticos y se establecieron dos grupos meritorios, uno cercano a la editorial El Puente y otro alrededor de la revista *El caimán barbudo*. Los componentes del grupo *El Puente*, entre ellos Miguel Barnet o Nancy Morejón, propagan una poesía intimista, alejada de las consideraciones políticas, intentando mantener un equilibrio, como señaló Jesús Díaz, entre una poesía dogmática y una poesía histórico-liberal. El grupo *El caimán barbudo* es más combativo y belicoso y ronda entre la poesía de tema político y la poesía pura, buscando un equilibrio entre el canto a la nueva realidad cubana de forma crítica y elogiosa, pero huyendo de retoricismos y apologías superfluas. Ambos grupos coinciden en que la nueva poesía se ha de hacer desde la revolución, no sobre la revolución, con temas más cotidianos y con la expresividad más contenida. *El caimán barbudo* era el suplemento mensual de cultura del periódico *Juventud*, rebelde que bajo la dirección de Jesús Díaz reúne a algunos poetas que ya estaban en el ámbito de *Cuba Internacional*, y comienza a publicarse en el año 1966 con las perspectivas de crear un espacio de libertad y rigor intelectual. En el número inicial J. Díaz expone que el suplemento es obra de jóvenes revolucionarios comprometidos con la Revolución, que es como estar comprometidos con la verdad y con el Arte y que son perfectamente conscientes de que los dogmas sólo han servido para frenar el desarrollo de la cultura. Un año antes Che Guevara había publicado el libro *El socialismo y el hombre en Cuba*, donde había dejado claro algunos conceptos y eliminado distintas suspicacias. Los nuevos creadores deberían de huir del simplismo y del esquematismo y desterrar los fanatismos dogmáticos. No debemos crear, apuntaba Guevara, asalariados dóciles al pensamiento oficial y menos aún idealizadores del pre-

sente. Ni realismo socialista ni pasatiempo vulgar. Hay que impedir que las nuevas clases políticas perviertan las nuevas generaciones. Refiriéndose a esta nueva vía, Cintio Vitier comentaba que «un nuevo fuego se había despertado para la poesía: el implacable fuego de la conciencia. Si antes podíamos llevar de una parte, clavada mutuamente en el alma la angustia mortal del país, y de la otra buscar en la poesía y en la fe las guerras del espíritu, ahora esto era imposible: había una sola guerra, una sola angustia, una sola realidad invisible. La Revolución nos abrió los ojos para ver esa realidad». Los componentes del grupo advierten que sus perspectivas están abiertas y lanzan su manifiesto: Nos pronunciamos:... No pretendemos hacer poesía a la Revolución. Queremos hacer poesía de, desde, por la Revolución. Una literatura revolucionaria no puede ser apologética. Existen, existirán siempre, conflictos sociales: una literatura revolucionaria tiene que enfrentar esos conflictos. No renunciamos a los llamados temas no sociales. El amor, el conflicto del hombre con la muerte, son circunstancias que afectan a todos, como es íntimo, personal, el auténtico fervor revolucionario. No creemos que exista hoy una crisis de la poesía. Existe, sí, la crisis de una concepción de la poesía. Nos pronunciamos por la integración del habla cubana a la poesía. Consideramos que en los textos de nuestra música popular y folklórica hay posibilidades poéticas. Consideramos que toda palabra cabe en la poesía, sea carajo o corazón. Consideramos que todo tema cabe en la poesía. Rechazamos la mala poesía que trata de justificarse con denotaciones revolucionarias, repetidora de fórmulas pobres y gastadas: el poeta es un creador o no es nada. Rechazamos la mala poesía que trata de ampararse en palabras «poéticas», que se impregna de una metafísica de segunda mano para situar al hombre fuera de sus circunstancias: la poesía es un testimonio terrible y alegre y triste, esperanzado de nuestra permanencia en el mundo con los hombres, entre los hombres, por los hombres, o no es nada.

Los poetas que entonces, escribe Rodríguez Rivera, «teníamos algo más de veinte años, descubríamos y leíamos con avidez a Baudelaire, Rimbaud, Walt Whitman, Eliot, los surrealistas, Maiakowski, Nazim Hikmet, el García Lorca de *Poeta en Nueva York* y *Diván del Tamarit*, el Luis Cernuda de *Desolación por la*

*quimera*, a Miguel Hernández, al Vicente Aleixandre de *La destrucción o el amor* y de *Historia del corazón*, a Blas de Otero, que entonces residía en La Habana y aquí editó *Que trata de España* pero nos volcábamos con intensidad hacia una Hispanoamérica cuyas letras comenzaron a hacerse familiares y sobre todo actuales, con el trabajo editorial de Casa de las Américas.

«Para los jóvenes poetas cubanos, por esos años, ya no eran sólo Rubén Darío y Pablo Neruda –hasta entonces parcialmente conocidos–, sino el hallazgo deslumbrante de César Vallejo, de la obra de Vicente Huidobro y Oliverio Girondo, del Borges poeta que leíamos en las ediciones de Emecé que existían en bibliotecas, y de los entonces nuevos Nicarnor Parra, Jaime Sabines, Juan Gelman, Ernesto Cardenal, Enrique Lihn, Roque Dalton, cuyas obras casi iban surgiendo ante nuestros ojos, porque vivían, impartían conferencias, daban recitales, editaban sus textos en La Habana de entonces».

En 1967 se convoca un premio de poesía para jóvenes creadores, el Premio David, que gana Nogueras con su primer libro, *Cabeza de zanahoria*. Se trata de un libro en cierta medida autobiográfico. El título del libro era una referencia a su propio color del pelo, rojo, y al libro de su dilecto escritor francés Jules Renard. El jurado había considerado que era un libro «notable por su variedad de temas dentro de su unidad formal, su manejo de elementos cultos y su original voz poética que lo distinguen entre sus compañeros de generación». Es un conjunto de poemas que corresponden a la más habitual poesía que se hacía en Hispanoamérica, coloquialismo y exteriorismo como formas dominantes, con precarios modos expresivos, sencillez y sobre todo manejo eficaz de la metáfora con oportunas referencias culturales que nos aproximan a sus principales preferencias como lector. Años después R. Fernández Retamar señaló que era uno de los más importantes libros poéticos aparecidos en la Cuba revolucionaria. No sólo era una promesa, era un cumplimiento. Nogueras, Wichy, el Rojo, tenía muchas más cosas que decir y las dijo. Este libro juvenil, continuaba Retamar, ya lo situó en un lugar de vanguardia del que no decaería. Luis Rogelio expresaba un tiempo después que con este libro «empiezo realmente a tener una cierta idea de que en poesía es tan importante la inspiración como el